

La integración de los makiritares a la vida nacional y su evangelización

Juan Francisco Nothomb

Hermanito de Jesús

EN el avión que nos traía de regreso a la selva, la esposa del piloto me preguntaba: —¿No cree usted que sería mejor enseñar a los makiritares a hablar el español en vez de tratar de asimilarse a ellos? Poco tiempo antes, también sobre la selva, con ocasión de otro vuelo, había tenido una larga discusión con el piloto, ya que él opinaba que nuestra misión debía ser antes que nada la de facilitar la integración total de los makiritares en la vida social, económica y política del país.

Me parece que la respuesta a estas interrogantes debe ser matizada tomando en cuenta los numerosos aspectos de la pregunta formulada por la mencionada señora, sobre todo aquellos que tienen relación con la vida concreta diaria de los makiritares y de los venezolanos. Pero la forma de hacer estas preguntas ¿no refleja en el fondo una concepción inexacta, cuyas raíces tienen un fuerte color racista, aun cuando este racismo sea inconsciente?... Por esta razón precisamente, al lado de una respuesta bastante simplista, es necesario buscar otra que corresponda más a una visión no solamente más cristiana y evangélica, sino también más humana.

He comenzado por responder a esta señora que para comprender realmente el alma de un pueblo es indispensable conocer su lengua, pues ella refleja, bajo todas sus formas, la filosofía de los individuos que la hablan en su dimensión profunda. Y algunos ejemplos concretos se lo demostraron inmediatamente, tales como la ausencia total y absoluta de ciertas palabras o conceptos que a nosotros nos son connaturales y que nos hacen descubrir en los makiritares un alma muy diferente de la nuestra. Otro ejemplo sería el que la noción de trabajo asalariado no existe entre ellos. En efecto, todo trabajo es considerado por los makiritares como un servicio a la comunidad e incluye en sí mismo una noción de regocijo común. La palabra trabajo ha sido introducida recientemente en su vocabulario y ha sido tomada del español. No poseen tampoco ninguna de las fórmulas de cortesía a las que nuestra educación nos ha habituado. No se dice jamás ni "gracias" ni "por favor", lo cual destaca entre ellos la exis-

tencia de una idea diferente del sentido de la propiedad, idea que ha sido forjada por nosotros a través de siglos de vida difícil. Para el makiritare, todo lo que es de uno es de otro también. No existe la felicitación ni la censura. La acogida de los huéspedes es fría, casi glacial, pero uno se da cuenta rápidamente que existen entre ellos otras fórmulas y costumbres de cortesía que traducen una noción extremadamente rica del sentido de la recepción de los mismos. De hecho, esta recepción se prolonga durante todo un día, algunas veces hasta varios días, por medio de toda una serie de ritos ancestrales venerables que denotan el gran sentido que tienen del concepto de huésped y asimismo un respeto grande por su persona. Y todo esto se refleja naturalmente en el lenguaje.

Pero la verdadera respuesta va aún más lejos y toca el centro mismo de la realidad. Puesto que se trata de amar a los hombres y de ser los testigos en medio de ellos del amor infinitamente respetuoso de Dios, que es su Padre, es imposible no llegar a compartir la vida con ellos de una manera total. El amor verdadero y desinteresado incluye el compartir y no solamente el dar, ya que el compartir va más lejos aún que el dar, y el don no es verdadero y total sino a través del compartir y en él. ¿Será necesario citar aquí el gran texto de San Pablo, que se hacía griego con los griegos y bárbaro con los bárbaros para hacerles descubrir la cruz de Cristo?

Esta respuesta anterior es, por otra parte, la única que llega verdaderamente a la realidad; es la única respuesta realista al problema anteriormente planteado. Más que tratar de destruir una civilización que ha dado pruebas de existencia a través de los siglos, es mejor ensayar el comprenderla, estudiarla interiormente y ver después si se le puede añadir lo positivo que tiene nuestra cultura. ¿Qué significa integrar a la vida de una nación un pueblo, por reducido que éste sea, que no tiene, por otra parte, con esta nación ningún lazo real de afinidad más que el que pudiese tener con cualquier otra nación? Es seguro que la evolución está en vías de realizarse, puesto que la evolución es un movimiento universal del mundo actual, al cual no escapa persona alguna ni aun las que viven en lo profundo de la selva. Es necesario preparar, según eso, a los makiritares al choque psicológico que se avecina, para que éste no sea totalmente destructivo. Pero es necesario también conservar todo lo positivo que corra el riesgo de ser anulado, porque este bagaje positivo pertenece al capital de la humanidad. Y entre los makiritares este capital es de importancia. La primera cosa que se debe hacer es, pues, conocer este capital.

Es necesario, en consecuencia, hacer todo lo posible para que el choque inevitable de las dos culturas, de las dos civilizaciones, sea positivo y no destructor para el más débil, con el objeto de que sea favorable no solamente a los makiritares, sino también a los venezolanos. El problema es de primera importancia y los temores de un fracaso no son vanos cuando se trata de estudiar objetivamente los resultados obtenidos hasta el presente ahí donde los indios han estado y están en contacto inmediato con nuestra civilización y todas las taras que esta civilización acarrea con frecuencia tras ella.

Decía que este capital es positivo. En efecto, el contacto con el mundo makiritare, dentro del cual apenas comienzo a entrar, me ha hecho descubrir hom-

bres primitivos, sí, pero altamente civilizados que, gracias a un sinnúmero de circunstancias y a los valores humanos que poseen, han sabido conservar, preservar y transportar hasta nuestros días, a través de las dificultades de una vida ruda, valores positivos indiscutibles que no constituyen más que una pérdida de tiempo en nuestro mundo occidental democrática y técnicamente evolucionado. En fin, es agradable vivir aquí, en medio de estos hombres sanos, en el pleno sentido de la palabra, en los cuales el equilibrio es sorprendente. Existe un sentido muy alto de la autoridad, del respeto al jefe, también el respeto al extraño como tal y como ser humano, es decir, un respeto profundo por el individuo. Existe también una profunda honestidad: el robo es desconocido, no hay necesidad de policía, ni de prisiones, ni de reglamentos. Existe una concepción del bien común hondamente arraigada. En una palabra, todo un desarrollo asombroso de la ley natural que, no lo olvidemos, es la marca de la ley de Dios en el corazón del hombre y que ha ayudado a estos hombres sencillos y fuertes a inventar leyes positivas unánimemente aceptadas, que denotan un agudo sentido de lo que es el "hombre" y su vida en común.

No afirmo todo esto con una visión y un enfoque un poco ingenuos de la realidad, "a lo Jean-Jacques Rousseau". Los makiritares, como todos los hombres, llevan consigo la marca del pecado original, y sus defectos son numerosos. Sé, por otra parte, que este equilibrio que presentan es favorecido por la pequeñez numérica del grupo y de las aldeas, que permite al jefe, por ejemplo, conocer a cada uno por su nombre y velar así por un equilibrio adecuado entre los intereses individuales y los de la comunidad.

Se ha podido decir que los makiritares son los "señores de la selva". Es completamente exacto, y mientras más penetro en ese mundo, con el realismo que da el tiempo al transcurrir y después de la pérdida del primer entusiasmo que a menudo nos hace idealizar las cosas, me siento más lleno de admiración por estos hombres y estas mujeres, de los cuales no me siento en nada superior y de los cuales tengo mucho que aprender..., de los cuales he aprendido ya muchísimo.

Todo esto que expreso aquí puede parecer profano y que no conduce a consideraciones de índole más religiosa. No es así. Creo que el hombre es "uno" y su vida normal de todos los días refleja exactamente el clima de su vida interior, por consiguiente, de su vida religiosa. Y esto se verifica muy bien en los makiritares, y probablemente en todos los primitivos, en los cuales el equilibrio físico y psíquico tiene ciertamente su fuente en la unidad de la vida. Me explico: el mundo makiritare es un mundo donde no existe la angustia, porque su mundo es un mundo "total", que forma un todo en el cual toda pregunta encuentra su respuesta, aun las cuestiones que tocan de cerca los problemas esenciales de toda vida humana: el porqué de la vida, el porqué de la muerte, la existencia de Dios y nuestra relación con él, etc.

El mundo makiritare es un mundo religioso, quiero decir que todo reviste, dentro de ellos, un sentido religioso. Todo está explicado en función de una cierta relación con el mundo de lo misterioso: malos y buenos espíritus, semi-dioses, Dios mismo. La explicación a este fenómeno es a menudo deficiente, hasta aberrante para nosotros, pero tras estas explicaciones es

necesario descubrir profundas percepciones religiosas, que se relacionan con el patrimonio religioso común a toda la humanidad y que no son otra cosa que las huellas de Dios, del cual provenimos, que nos sostiene sin cesar en la existencia y nos demuestra su amor. La gracia está ya ahí, actuando sobre todo esto.

Y aquí es adonde quiero llegar. Junto a la pregunta de esta señora que me habló en el avión, surge paralelamente otra pregunta, que es de primera importancia para todos aquellos a quienes Jesús ordenó ir hasta los más remotos lugares del mundo para anunciar el Evangelio de su amor por nosotros. Los makiritares, como todos los hombres, están llamados a conocer algún día y a probar esta Verdad en esta vida. El mandato de Jesús es formal. Proceder de otra manera sería, creo yo, carecer de respeto hacia los makiritares y privarlos de esta verdad que no puede ser sino liberadora.

Tocamos el problema de la conversión, y para hablar concretamente, es la pregunta que nos hacen sin cesar en Caracas o en otras partes: "¿Cuántos bautizos ha hecho usted en los cinco años que lleva allá?"

Antes de tratar de responder y de explicar, quiero primero afirmar con toda claridad que creo existe un momento en que es necesario comenzar una evangelización más directa; además, creo sinceramente que aquello que parece imposible a los hombres es posible a Dios y que la gracia, que es todopoderosa, puede hacer estos milagros.

La respuesta será la siguiente. Es necesario esperar el momento oportuno, no sea que por prisa e impaciencia nos adelantemos al plan de Dios. Porque una prisa demasiado urgente puede correr el riesgo de acabar con valores sin reemplazarlos por otros que les sean tan satisfactorios como los que actualmente poseen. Existe ciertamente un gran peligro si se realiza una integración muy rápida, aun en el plano religioso, si no existe una larga preparación previa. Sé que esta respuesta puede ocultar una actitud perezosa frente a la palabra de Dios y frente a su gracia puede resultar una excusa fácil y cómplice.

Por otra parte, existe aquí algo seguro: Dios y su gracia están ya actuando. Nuestro mundo es un mundo rescatado, salvado, y la gracia está desde siempre trabajando en el corazón de todo hombre. Hemos dejado atrás, a Dios gracias, esa visión simplista de muchos cristianos y de ciertos postulados difundidos por algunos que afirmaban que toda religión pagana es el resultado de influencias diabólicas solamente. El realismo cristiano sabe reconocer el bien y el mal, mezclados un poco por todas partes. Si Dios está actuando, sabemos que también lo está el espíritu del mal, pero es un gran error creer que solamente el espíritu del mal es el que está ejerciendo su influencia. El sano optimismo de "Pacem in Terris" reestablece bien las cosas en su punto y es una sólida base de partida.

Teniendo en cuenta todo esto, me parece que es todavía demasiado temprano para pensar en una evangelización directa. Se ha realizado un gran trabajo. Evidentemente, existe una amistad real y profunda entre ellos y nosotros; nosotros formamos verdaderamente parte de la aldea, ellos saben que nosotros rezamos y nos han hecho preguntas a las cuales hemos respondido. Tienen una noción más o menos vaga sobre Jesús y la Virgen María. Nos ven vivir, nos observan que buscamos de tiempo en tiempo el silencio

y la soledad con Dios y respetan profundamente todo esto. Están verdaderamente persuadidos de que nuestra presencia es buena, que tiene una buena influencia sobre ellos y sobre su pueblo, que nosotros nos protegemos en cierta forma porque tenemos lazos particulares con Dios todopoderoso. Nos han afirmado que desearían ser católicos, pero lo han dicho más que nada por demostrar que no quieren hacerse "creyentes", es decir, adoptar el Credo predicado por los misioneros baptistas. Pero todo esto corresponde ciertamente en ellos a una voluntad positiva para su futuro, y podemos reconocer en ello un signo de la gracia, por más pequeño que sea, que se ha servido de la amistad que existe entre nosotros. Pero esto no quiere decir que el bautismo sería inmediato ni tampoco el principio de un catecumenado.

Opino que el bautismo no es lo esencial ni la única manera de comenzar. Seguramente, es un comienzo, más aún, la verdadera iniciación de la vida cristiana en la Iglesia visible. Pero en realidad el bautismo debe ser precedido por todo un período de preparación. Cuando uno considera la paciencia de Dios en el Antiguo Testamento y todavía la que tiene en la actualidad con nosotros, puede uno preguntarse a veces si yendo demasiado a prisa no se corre el riesgo de "grabar" una fe externa sin influenciar profundamente sobre toda la vida real que permanece poblada de aquello que hasta ese momento fue una creencia absoluta. ¿No estamos comprobando actualmente en muchos países donde existen misiones que el cristianismo ha quedado a menudo como en el exterior de la vida real, es decir, sin ninguna relación con ella, y que no ha cambiado, en efecto, en nada las tradiciones o costumbres que van no solamente contra la verdad y la moral de nuestra fe, sino también contra ciertos dominios de la ley natural? No resulta inútil señalar que numerosos misioneros, el episcopado, el clero autóctono de ciertos países misioneros en Africa consideran actualmente que el catecumenado debe ser mucho más prolongado que antes y que puede durar toda una generación.

Toda conversión exige un rechazo de ciertos errores, pero debe ir a la par también con la cristianización de todo aquello que es justo y bueno en las tradiciones religiosas ancestrales. Para que pueda realizarse esta cristianización es necesario, por parte del misionero, un conocimiento profundo no solamente de la lengua (elemento totalmente indispensable), sino también de las tradiciones religiosas. No se penetra en el alma de un pueblo sin una espera respetuosa y sin un amor auténtico. Para lograrlo es necesario un cierto tiempo. Y no se cambia una mentalidad secular en pocos años sin correr el riesgo de destruir muchas cosas buenas y sin correr el riesgo también de que todo lo bueno que damos en reemplazo del error suprimido no pueda traer todos los frutos que debería normalmente dar.

Pudiera decirse que es urgente, a pesar de todo, convertir, puesto que la evolución que se está haciendo es irreversible y que ésta va en el sentido de un contacto cada vez más frecuente con el mundo "civilizado". Hay algo de verdad en esto. Por tanto, hay que ver claramente la situación de los makiritares en concreto, población muy reducida (1.500 personas, más o menos): No se puede comparar su situación con la de las poblaciones de Africa y de Asia, en las cuales la

situación establecida de coloniaje hacía que estuviesen sin cesar en un contacto enormemente estrecho con la civilización occidental, fuertemente matizada de un racismo activo. En ellas la evolución era, en consecuencia, inevitablemente rápida, se quisiera o no. Lo que se justificaba en estas colonias no se justifica obligatoriamente aquí, donde esta población makiritare puede muy bien, teniendo siempre en cuenta los contactos con el mundo blanco, continuar viviendo, no replegados sobre ellos mismos, sino según sus costumbres y tradiciones, abriéndose a las fronteras de esta civilización. Si lo makiritares desean abrirse al mundo son lo bastante juiciosos (por lo menos hasta ahora) para no ser deslumbrados por todas las ventajas materiales y técnicas que existen en nuestro mundo occidental, algunas de las cuales utilizan actualmente, sin ser dominados por ellas. Lo cual pone de relieve el gran sentido de los valores morales y humanos que ellos poseen. Por otra parte, si es verdad que existe un orgullo makiritare, no hay una correspondencia de éste con lo que llamamos en Africa "lo negro" o en Asia "el sentido asiático" o "el peligro amarillo", como una especie de sentido "indio" lleno de reivindicación y exacerbado por el confrontamiento con un racismo activo y colonizador, que no existe en Venezuela. Hasta ahora, los makiritares, como pueblo, no manifiestan ningún complejo de inferioridad, que es el germen de las revoluciones; por el contrario, nos dan la impresión, la mayoría de las veces, de que, en efecto, no tienen deseo de nosotros.

En la vida religiosa makiritare (de la que hasta el presente no poseo sino un conocimiento muy reducido y superficial) hay ciertamente piedras de espera para el Evangelio. No estoy capacitado todavía para determinar cuáles sean éstas. Pero existen ciertos aspectos de su vida que me parecen como un obstáculo para descubrir el mensaje de humildad, de pequeñez, ese escándalo de la Cruz: en una palabra, todo el espíritu de la doctrina de las bienaventuranzas.

El orgullo makiritare es tremendamente acusado. Su vida está tan equilibrada que dan a veces la impresión de no tener deseo de nada de lo que tienen los demás. Tienen una seguridad en sí mismos, una satisfacción de ellos mismos, que es ciertamente positiva, lo cual les ha permitido elevarse muy alto en la escala social de los pueblos llamados "primitivos". Hasta ahora no he podido jamás descubrir el sentido de la adoración, por ejemplo, o el sentido del reconocimiento; creen en un Dios creador, que retribuye el bien y castiga el mal, pero, en lo que he podido observar, les falta el sentido de la trascendencia divina, de la grandeza divina que llenaba de temor respetuoso al pueblo de Israel. Dan la impresión de ser unos hombres satisfechos de ellos mismos y que, como todos los ricos, no tienen deseo de cosa alguna, puesto que lo poseen todo. Esta actitud tiene su lado positivo y es cierto que, humanamente hablando, tienen derecho a un cierto orgullo y a una gran seguridad en sí mismos. Pero presenta también el reverso de la medalla: el de hacerlos quizás demasiado impermeables a todo un aspecto esencial de la predicación evangélica.

Estos aspectos me hacen experimentar algunas veces, cuando me encuentro frente a ellos, una cierta angustia que es como el complemento de la gran admiración que siento por ellos. Sólo la gracia podrá hacer el milagro de hacerlos pequeños ante Dios.

Santa María de Erebató (Guayana).